

# Un guerrero con código de honor

Javier Meza G.\*

**Michael Ignatieff. *El honor del guerrero. Guerra étnica y conciencia moderna: Taurus*, Madrid, 1999, 197 pp.**

*aquellos pueblos y capillas donde/  
aprendí con poco esfuerzo/  
a amar al prójimo/  
y a odiar al vecino de enfrente.*

G.K. Chesterton

Hoy día muchos lugares del planeta son un barril cargado de odio que, o bien ya ha reventado o amenaza con hacerlo. El reparto del mundo entre dos potencias durante la Guerra Fría ha cedido paso a un escenario de guerras étnicas donde, normalmente, bandas fanáticas muy bien armadas masacran a la indefensa sociedad civil. En los ciudadanos de los países occidentales estos hechos suscitan compasión porque son partidarios de una ética universal que obliga a preocuparse por los seres humanos más allá de sus fronteras. Es evidente que la Civilización Occidental desa-

rolló, a la par que sus guerras de pillaje y exterminio, una política de derechos humanos cuyos iniciadores más preclaros, entre otros, fueron Francisco de Vitoria, Bartolomé de las Casas y Michel de Montaigne.<sup>1</sup> Ésta también está presente, por supuesto, en el todos somos "el ser mismo" de Shakespeare. Pero su origen se remonta a un antiguo pueblo de pastores cuyo Dios de la Biblia les ordenó: "Regla absoluta para vuestras generaciones: vosotros y el Extranjero seréis iguales ante el Ser Eterno."<sup>2</sup>

Las guerras étnicas de los Estados malformados de los años noventa, fundadas en una

Dice Montaigne: "Creo que nada hay de bárbaro ni de salvaje en esas naciones, según lo que se me ha referido; lo que ocurre es que cada cual llama *barbarie* a lo que es ajeno a sus costumbres..., en verdad creo yo que más bien debiéramos nombrar así a los que por medio de nuestro artificio hemos modificado y apartado del orden a que pertenecían." Michel de Montaigne. "De los caníbales", *Ensayos*, t. I: Aguilar, Argentina, 1962, p. 217.

<sup>2</sup> Véase Alain Finkielkraut. *La humanidad perdida*: Anagrama, Barcelona, 1998, p. 15.

\* Investigador del Departamento de Política y Cultura, UAM-X.

ética de la nación, de la tribu o de la religión, son vigiladas por reporteros, abogados, observadores, pertenecientes a organismos civiles u organismos internacionales cuya pretensión es evitar que se violen los derechos humanos. Un lugar privilegiado en la difusión de los horrores de las luchas interétnicas, como las hambrunas y el genocidio, lo ocupa la televisión. Esta, en efecto, se encarga de establecer "relaciones morales" entre individuos distantes. Sin embargo, son relaciones morales que se pueden interpretar sobre todo de dos maneras: "Como ejemplo del *voyeurismo* promiscuo que la cultura visual hace posible o como un dato esperanzador de la internacionalización de la conciencia."<sup>3</sup>

Efectivamente, en algunos casos la televisión ha permitido que el espectador se preocupe y acelere su capacidad de respuesta solidaria. Pero la televisión no sólo es filantrópica, también es un negocio que busca cautivar al público mediante el morbo y la información tendenciosa. En el fondo, el ojo de la televisión occidental, casi omnipresente, está determinado por una confusión moral propia de su Civilización: una ética universalista de los derechos humanos que se contrapone al derecho de la propiedad privada. Además, los horrores que puede mostrar la cámara niegan en muchos sentidos la responsabilidad occidental respecto al saqueo y la miseria realizada contra los otros. No obstante, para Michael Ignatieff no se puede negar que la televisión del Primer Mundo contempla a los países del Tercer Mundo con una extraña mezcla de "amnesia consciente, sen-

timiento de culpa, autocontemplación moralizante y auténtica comprensión".

Hoy, es un hecho que las crisis de la religión, de la etnia y de la clase, por los abusos que en su nombre se han cometido o se cometen, nos lleva a desenterrar la noción de fraternidad para enfrentar los abusos de nuestra época. Una época que ya no la miramos con optimismo y esperanza en nuestra especie, pues el siglo que termina ha sido el de los perfeccionamientos técnicos para cometer los peores genocidios que conocemos. Cuando las guerras interétnicas provocan que el individuo ya no encuentre ayuda en la tribu, en la familia, en la religión o en el Estado, sólo le queda apelar "a la más terrible relación de dependencia: la caridad de personas desconocidas". Quizá la televisión se ha convertido en el medio ideal para apelar y difundir el sentimiento de fraternidad. Por su conducto grupos no gubernamentales han conseguido que se den verdaderos movimientos de solidaridad con los pueblos afectados por guerras o por fenómenos naturales. Sólo que la falta de análisis y la continua presentación de desgracias en los programas encargados de ello, pueden llevar al espectador al cansancio y a no entender ya nada de lo que está ocurriendo. Pues en las guerras actuales sucede a menudo que la víctima de ayer es el verdugo de hoy, y la televisión sólo presenta consecuencias y nunca intenciones. Otras limitantes muy claras son que ella constituye una experiencia pasiva: nosotros no decidimos lo que es noticia y sólo vemos lo que se nos quiere mostrar. El autor, al res-

<sup>3</sup> *Ibidem*, p. 16.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 22.

pecto, no se engaña, las noticias de la televisión

son una narración mítica de la identidad social, formada a partir de mercancías que se compran y se venden en el mercado internacional... Existe un mercado del horror, como hay uno del trigo y de las tripas de cerdo, y existen unos especialistas en producir estas imágenes y en distribuir las. La intuición moral nos dice que un mercado de las imágenes del sufrimiento es una inmoralidad, porque, incluso en una cultura capitalista, hay ciertas mercancías -la justicia, la administración pública- que nunca deberían ser objeto de transacción mercantil y lo son.<sup>5</sup>

Además, no debemos olvidar que si bien la televisión, guiada por la idea de que no debe existir nada sagrado para la noticia, acostumbra deshonorar el sufrimiento que muestra, y no hace lo mismo cuando se trata de presentar ceremonias oficiales. Entonces enseña que adora y respeta al poder, y lo sacraliza. Por lo tanto, se debería exigir que así como respeta el poder también debe respetar el sufrimiento y no lucrar con él.<sup>6</sup>

En nuestros días el sufrimiento en algunos pueblos es producto de la desintegración de sus Estados, tal y como ocurrió en la antigua Yugoslavia. Los grupos étnicos se enfrentan avivados en su furia por ideas nacionalistas. Para Michael Ignatieff el nacionalismo se debe

mirar escépticamente, sobre todo por las ficciones en que se fundamenta, y algo que le preocupa particularmente es explicar cómo construye las identidades. Es decir, se pregunta, ¿cómo es posible que comunidades que algún día vivieron compartiendo intereses en común de pronto se conviertan en comunidades donde impera el temor y el odio? A su juicio, la sociedad pluricultural de la antigua Yugoslavia de 1945 a 1991 vivió prácticamente sin temores o rencores gracias a un dirigente carismático: Tito. A su muerte, en 1980, la élite gobernante tuvo que desarrollar un nuevo lenguaje para seducir a la población. Es decir, un nuevo lenguaje nacionalista que buscó sobre todo favorecer a la mayoría étnica (croatas) y que lógicamente colocó en desventaja a la minoría (serbios). Éstos, a su vez, ante la desaparición del Estado, también inventaron un nuevo nacionalismo para protegerse. Ante la imposibilidad de poder continuar con la convivencia desarrollada durante 50 años, lógicamente la guerra fratricida fue lo que siguió. Sin embargo, el autor no busca explicarnos la guerra nacionalista entre croatas y serbios sino más bien encontrar las posibles causas que desencadenan la agresión entre los grupos humanos. Así, a su juicio y siguiendo a Freud, la violencia interétnica se produce sobre todo a causa de las diferencias menores. Es nuestro narcisismo quien nos impide mirar con agrado a nuestros vecinos. De esta manera, antes que nuestra unidad como especie, siempre se antepone el género y la raza porque el poder acostumbra plantearlas como básicas. Cuando dos grupos pelean, para quien ve desde afuera, sus diferencias aparecen como menores, pero así no ocurre con los integrantes del conflicto.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 32.

<sup>6</sup> Se sabe desde siempre: la autoridad, el privilegio, el poder, gustan de lucir esplendorosos para borrar toda noción de igualdad en los observadores. Alain Finkielkraut. *La humanidad perdida*. Op. cit, p. 30.

Cada participante, por principio, debe negar todo aspecto positivo del contrincante y sólo exaltar lo propio. Por lo tanto, el nacionalismo es narcisista: 'Toma los hechos neutrales de un pueblo -lengua, territorio, cultura, tradición, historia— y los convierte en una narración, con el propósito de crear una conciencia dentro del grupo que le conduzca a imaginar una identidad nacional con pretensiones de autodeterminación.'<sup>7</sup>

El nacionalismo acostumbra convertir las diferencias menores en grandes, y sus exageraciones llevan a los gobernados a orgullecerse de supuestos pasados gloriosos y a soñar con futuros promisorios. En otras palabras, busca que el ciudadano se haga ególatra y se contemple complacido en el espejo de sus huecos discursos. Es claro que el narcisismo no puede ser tolerante, de ahí que sea muy fácil que dos grupos narcisistas se peleen. Cada grupo busca sólo las diferencias, pues ellas reafirman la imagen ensimismada o enajenada que cada uno tiene de sí mismo, y el narcisista, al estar atrapado en su yo, primero se hace violencia contra él y luego contra los otros. Además, en un mundo narcisista el individuo se desarrolla en dos realidades: en un humanismo abstracto que lo lleva a defender la especie y en la máscara étnica que agranda la diferencia menor. Ante la globalización del planeta, el nacionalismo, para defenderse, hace grande lo que no lo es, y a la tendencia de borrar las distinciones responde reafirmando las diferencias manifiestas como lengua, mentalidad, mitos, fantasías, y convierte a los conocidos en desconocidos. Obviamente,

también defiende "tradiciones inventadas y paranoias recientes".

Por supuesto que el nacionalismo también sirve para resistir a la desigualdad entre los países, y sus discursos han ayudado a que minorías étnicas marginadas sobrevivan.<sup>8</sup> Pero tampoco debemos olvidar que una de sus mayores aberraciones no radica "en el deseo de mandar en su casa, sino en creer que allí sólo merece vivir su propia gente". Porque además de narcisista, es autista; sólo se escucha a sí mismo y no quiere saber nada de otras manifestaciones u otros discursos que vengan de fuera. Solitario ante su espejo, tiene miedo y corre a refugiarse en sus "verdades" y en el grupo. Porque antes de buscar el fortalecimiento del individuo seguro de sí y que no teme, busca crear el individuo débil que sólo se siente fuerte cuando la etnia o el grupo lo protege. Sólo los cobardes se unen para agredir o defenderse del otro.

Por lo anterior, Ignatieff nos propone no querernos tanto a nosotros mismos y no creer en exceso nuestras fantasías. La tolerancia sólo surge cuando no nos tomamos demasiado en serio, y al pensar que no somos originales y puros. En cambio, la intolerancia es ciega y sólo puede ver el grupo y no a el individuo. Es decir, el individuo concreto que

<sup>8</sup> La observación nos recuerda a Isaiah Berlín quien dice: "De hecho, el nacionalismo no milita en favor de las clases dominantes necesaria o exclusivamente. También anima la revuelta contra ellas ya que expresa el inflamado deseo de los insignificantes de contar de alguna manera entre las culturas del mundo." Véase "Sobre el nacionalismo", en *Trimestre Político*, año 1, núm. 1, FCE, México, 1975, p. 61.

<sup>7</sup> Michael Ignatieff. *El honor del guerrero*. Op. cit., p. 54.

es como nosotros, singular, y con el cual tenemos mucho que compartir. El individuo que es incapaz de verse por sí mismo también es incapaz de pensar por sí mismo, y para poder ser requiere del discurso y de la aprobación del grupo.

La idea de la tolerancia es un legado del mundo moderno. En el principio sólo se aplicó entre europeos, pero después conquistó el mundo. Su difusión se dio gracias a la filosofía liberal que planteó que todos somos iguales ante la ley. Tal idea permitió la integración de los diferentes. Por ejemplo, mediante el voto mujeres y pobres dejaron de ser excluidos. Y, sin duda, cuando el individuo conquista sus derechos políticos, las nociones de "identidad colectiva de clase o de género se debilitan". Porque un individuo seguro, fuerte y tolerante sólo surge cuando cree más en la igualdad ante la ley y no tanto en la raza, en la lengua o en el "espíritu de los pueblos". La apuesta debe consistir en mirar más allá del color de la piel y en defender los derechos humanos, y no a la intolerancia que no es más que "una conciencia escindida en la que el odio abstracto, conceptual e ideológico derrota una y otra vez a los momentos reales y concretos de identificación".<sup>9</sup> Ante el odio inculcado por los Estados nacionales mediante la televisión y los periódicos, sólo nos queda aprender a pensar por nosotros mismos y eliminar el mezquino narcisismo que impide ver a los otros.

A Ignatieff, además del papel de la televisión y el nacionalismo, también le preocupan otros aspectos del mundo moderno. El mun-

do posimperialista es testigo del fracaso de diferentes Estados: a Yugoslavia hay que agregar lugares como Ruanda, Angola, Afganistán, Argelia, y otros. Como la soberanía absoluta no existe más, los Estados civilizados se sienten responsables e intervienen pero su intervención no es a fondo, quizá porque como dice el autor: "No intervenimos para salvar a otros, sino para salvarnos nosotros mismos, o mejor dicho, para salvar nuestra imagen de salvadores de la decencia universal". Irak, Bosnia, Somalia, la Yugoslavia de Milosevic, son lugares que así lo demuestran.

En efecto, la intervención de los países fuertes no ha cambiado mayormente las cosas. Se diría que no les interesa hacerlo. Quizá en el mundo moderno existe una contradicción: el mundo se globaliza y se convierte en uno solo pero a la vez se desintegra. Y ante la falta de un discurso coherente que nos explique lo que ocurre, la ética del compromiso o de la solidaridad se desvanece. Los pueblos de Occidente incluso piensan que el fuego de sus vecinos no los amenaza, que no los puede alcanzar, y vacíos de ideologías se enfrentan al sufrimiento sin saber qué pasa.

En 1859 el suizo Henri Dunant decidió fundar la Cruz Roja, compadecido al ver en Solferino a 400 000 soldados heridos y desamparados luego de una batalla. Posteriormente, en 1864, nació en Ginebra una Unión de Naciones en torno a la Cruz Roja para aumentar la ayuda médica en los campos de batalla. Desde entonces se recomendó al mundo la guerra civilizada. Ante la imposibilidad de imponer la ley a la guerra se intentó construir un guerrero con un código de honor. Dicho código planteó un respeto entre los combatientes y prohibió la tortura contra los civiles

<sup>9</sup> Michael Ignatieff. *El honor del guerrero*. Op. cit., p.71.

y los prisioneros. Pero hoy, la mayoría de los conflictos dañan a la población civil, y normalmente el indefenso y el desarmado son las víctimas. En lugares como Colombia, Argelia, Srilanka, Chechenia o Afganistán las milicias se destruyen entre sí y a la vez arrasan indiscriminadamente con la población civil. (Fue Hitler el que implantó la guerra de exterminio sistemático contra la población civil.) Muchos de estos conflictos no le importan a las grandes potencias: que bandas o tribus se maten no ponen en peligro la paz mundial. Y a pesar de que el siglo XX se ha esforzado por crear leyes que protejan a los inocentes, el esfuerzo no ha podido competir con el perfeccionamiento de las armas y con la tendencia de que los nuevos guerreros sean sobre todo niños sin ninguna ética o código de honor. A lo anterior hay que agregar los grupos paramilitares subsidiados por políticos y gánsteres, y que se encargan de asesinar a la población para salvar el honor del ejército. Día con día la violencia deja de tener límites, por ejemplo, un misil, a pesar de su "inteligencia" no puede distinguir a un niño o a una mujer de un soldado y, por otra parte, el que lo disparó, está a salvo de mirar el dolor y la destrucción causada. Además, hay que agregar que en las zonas del mundo donde el Estado ha perdido el monopolio de la violencia, ésta es ejercida sin control por grupos alimentados por las tragedias que desatan y por los comerciantes de las armas.

Las sociedades desarrolladas han dejado de creer en que la violencia nos hace libres; las

ideologías que la promovían como solución para el mundo se encuentran en crisis. No obstante, todavía no encontramos discursos explicativos respecto al desorden, y a la falta de ideologías respondemos con la indiferencia. No queremos saber nada, y parece que hoy Occidente hoy sólo ofrece un humanismo vacío de sentido:

Conmocionado por el sufrimiento en su contingencia inmediata, el agente humanitario ya no tiene prejuicios, pero no por ello le preocupa *quién* es el individuo que sufre, cuál es su ser o su razón de ser, el mundo que desea contribuir a construir, los motivos de su persecución o su agonía, el sentido que pretende dar a su historia y tal vez a su muerte. Salvar vidas: ésa es la mundial misión del médico del mundo; está demasiado ocupado llenando de arroz la boca que tiene hambre para escuchar la boca que habla.<sup>10</sup>

Michael Ignatieff, a lo largo de su texto, no cesa de recordarnos que una solución para los dolores del mundo es la justicia, pues el dolor y la violencia provienen normalmente a causa de su ausencia. Pero también recomienda llegar a ser uno mismo y "forzar la separación entre lo que la tribu nos ha dicho que debemos ser y lo que de verdad somos".

<sup>10</sup> Alain Finkielkraut. *La*  
*cit.*, pp. 122 s.

.Op.